2-29-2016

Invitación a Carlos Victoria

Carlos Velazco

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Velazco, Carlos. 2016. Invitación a Carlos Victoria. *Revista Surco Sur*, Vol. 6: Iss. 9, 44-50.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.6.9.15>

Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur/vol6/iss9/16>

This HONRAR, HONRA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

Carlos Velazco

Invitación a Carlos Victoria

De una manera u otra, en mucho o en poco, los protagonistas de sus tres novelas llevan la marca de los álter egos. Sea Marcos Manuel Velazco en *La travesía secreta* (nótese el parecido con su nombre: Carlos Manuel Victoria) o Natán Velázquez en *Puente en la oscuridad*, cuya vida cotidiana se contamina progresivamente con esas ensoñaciones en las que lo sumerge la búsqueda en Miami del hermano ignorado desde Cuba.

Incluso el adolescente Abel que en *La ruta del mago* recorre las calles de Camagüey tratando de cobrar los pagarés que le adeudan a su tía Alicia no muy antiguos clientes de la tienda La Ilusión. Téngase en cuenta el nombre del comercio: sus carreras, Abel no sólo las hace en el plano geográfico, sino visitando los vestigios cada vez más escasos de un pasado inmediato, pues a su alrededor se implementa la Ofensiva Revolucionaria.

“Eres un mago, jovencito, un mago”, le agradece la dueña cuando el sobrino-empleado regresa con algo de dinero. Y desconoce que esas pequeñas compensaciones las consigue Abel al implicarse con una serie de personajes que van quedando fuera de un mundo transformado violentamente. Ese permanecer más allá de la ecuación de la realidad obedece a una profunda ética, justificada, en primera instancia, en la ingenuidad de Abel, subversiva en el futuro que ya lo rodea.

Desde muy joven, Carlos Victoria burló los límites que impone cualquier noción de realismo. En el cuento “Tribulaciones” —aparecido en *El Caimán Barbudo* en 1965— una familia lidia tanto con sus propios pecados materializados como con los fantasmas de sus antepasados: “Pero algo me asombró en todo el tiempo que duró la invasión de pecados: el espíritu de abuela se esfumó por completo del lugar, yo la añoraba un poco cuando sentía a los pecados romper las hojas de los almanaques, pensando dónde estaría la pobre vieja ahora que su sitio de descanso estaba contaminado”. Ese barroquismo de lo “maravilloso” o “mágico”, no responde a artificio o construcción. Carlos Victoria creció permeado por la perenne alucinación en que permanecía sumida su madre Estrella, quien por demás frecuentaba las iglesias de todas las denominaciones (la dicotomía cuerpo-alma es el germen de los dualismos en los que se debate el Marcos Manuel de *La travesía secreta*), amén de la cercanía con el sinnúmero de leyendas que subsisten en el campo cubano. Conversando a mediados de mayo de 2014 con Raquel de la Cruz Sánchez, compañera de la madre de Carlos en las Misiones Rurales de Superación Femenina la etapa que estuvo destinada en Morón en 1948, esta me contaba que en la finca de Anguillero (sitio en el que Estrella conoció al padre biológico de su hijo), deambulaba por las noches un muerto cuya luz podía verse desde la casa donde pernoctaban. Aunque Estrella le insistía en que se levantara para verlo, Raquel nunca lo hizo.

Acompañado del guionista José Rodríguez Lastre, *Nikitín*, visité en el verano de 2011 el poblado de Jayamá donde Carlos Victoria viviera la mayor parte de su etapa en Camagüey, dividida por su paréntesis habanero de estudiante de la Escuela de Letras entre 1969 y 1971 e interrumpida a su salida de Cuba por el Mariel. Allí conocí a Roselia Rodríguez, viuda de Eduardo Victoria, hermano de Estrella, quien me contó del primer ingreso (dantesco) de ésta en el

psiquiátrico Mazorra y de la época en que los tíos ayudaron a criar al pequeño Carlos, mostrándonos varias fotos familiares.

En una imagen aparecía Carlos Victoria recién nacido, ocupando un cochecito dispuesto en el balcón de una casa de huéspedes de La Habana, y para mayor veracidad de esa dirección, Amistad número 356, al fondo, ropa blanca tendida, guardavecinios y más edificios. (Por un temor comprensible en su época, con un embarazo no reconocido, Estrella no quiso dar a luz en Camagüey, desplazándose hasta la capital con sus padres Pedro y Aracely y su hermana más pequeña, Estela Orfelina, para acompañarla durante la gestación y los primeros meses de la maternidad). Al dorso, podía leerse la anotación: “mi hijo: Carlos Manuel”. Roselia también nos condujo a Nikitín y a mí, cruzando el camino principal de Jayamá, a la antigua casa de sus suegros, en la que Carlos vivió hasta casi adolescente; llevándonos luego, por un sendero lateral, a la parte trasera, donde Pedro levantó una pequeña nave, estrecha y alargada, para la madre y el hijo.

Mirar el rostro de Estrella sería para Carlos Victoria como verse a sí mismo, ambos eran muy parecidos, si no tenían la misma sonrisa. Y sus destinos habrían sido semejantes si en 1983, una vez radicado en Estados Unidos, no hubiese iniciado su desintoxicación alcohólica y reencontrado los asideros que justificaran su vida. A lo largo de la década del setenta, Carlos Victoria debió practicar su oficio de una manera *underground*, sin publicar sus poemarios; y por conservar un original ajeno, en la más fiel tradición de *El Maestro* y *Margarita*, sufrió casi dos meses de prisión en 1978, siéndole confiscados sus manuscritos inéditos.

Tres exiliados cubanos son los que viajan a Filipinas en su cuento “Un llamado en Manila”, del volumen *El salón del ciego*. El niño Alex, su padre Alejandro, y el amante de este, Ismael. A los conflictos personales desencadenados —a Alejandro el arraigado machismo le dificulta asumir su homosexualidad mientras Alex estrecha su complicidad con Ismael— los complejiza una inquietud: ¿Por qué es Manila el destino turístico del peculiar trío? Porque los adultos lo que realmente buscan es La Habana, o sea, su identidad, en el trazado de una ciudad colonial española.

La “descolocación” inherente a todo exilio, la reflejaba el autor bajo esa aparente comicidad de “La franja azul” en el subyacente desasosiego de un protagonista que sólo puede practicar el sexo, incluso con prostitutas, si estas comparten su condición de marielito: “[alguien] que ha sufrido mis traumas, que entiende mi lenguaje, y no me refiero por supuesto al español, ni siquiera al cubano, sino a algo más abstracto, un lenguaje de señas, una telepatía”.

En otro de sus relatos, Carlos Victoria volvía sobre un motivo trabajado por Carlos Montenegro en “El resbaloso” (del que tomó su título) —incluido en *El renuevo y otros cuentos* (1929)— y por Alejo Carpentier en “Historia de lunas” —aparecido en francés en 1933 y luego vertida al inglés en una *Latin American Literary Review* de 1980—. Lo que a diferencia del “resbaloso” de Montenegro y el “escurridizo” de Carpentier que cubren su cuerpo desnudo de grasa y en las noches violan a las jóvenes del pueblo, el protagonista de Victoria aprovecha la nocturnidad habanera de la década del noventa, intensificada por los apagones, no en un desquite sexual, sino desandando calles y accediendo a casas en un ejercicio de *voyeur* en el cual, en medio del apocalipsis de arquitectura y utopías, no cesa de buscar la libertad.

Afirma Rodolfo Martínez Sotomayor en entrevista recogida en *Chakras. Historias de la Cuba dispersa*, que Carlos Victoria solía repetir: “Uno se sabe y se conoce en realidad en las situaciones extremas”, idea en principio contradictoria al comprobar su espíritu tan poco hemingwayano. Pero transitó un continuo Camino de Damasco. Aunque se diga que un escritor nunca se desprende de su condición, numerosos ejemplos hay que evidencian lo contrario. El caso de Carlos Victoria demuestra que mientras no se renuncie a escribir, no hay dictamen definitivo. Con él nunca podrá utilizarse la expresión en pasado. Es un escritor.

Cuatro cartas de Carlos Victoria a Reynaldo Arenas*

Miami, Mayo 31 de 1981

Querido Reynaldo:

Ya conocí a Juan Abreu, que me pareció un auténtico e innato cazador. Le llevé una breve selección de poemas, con la esperanza de que confluyan cuando les llegue su hora.

Permíteme ser ahora un poco curioso:

¿Se parece el elevador del edificio donde vives actualmente a aquel viejo y desnudo armatoste del hotel de la Habana Vieja?

¿Sigues entrando aún por las ventanas en vez de utilizar las puertas?

¿Tiemblan y se quejan los escalones de madera —si tal— que conducen al apartamento alto?

¿Suenan la máquina de escribir como un piano?

¿Colocas todavía un vaso de agua al lado de la cama para aquellos que —desgraciadamente— amanecen sedientos?

Espero respuesta a éstas y otras preguntas.

Recibe un abrazo de

Carlos Victoria

* por cortesía de Mónica Simal

Miami, Agosto 15 de 1982

Mi querido Reinaldo,

Con extraordinaria satisfacción leí esta noche tu artículo (déjame decir como tú: de alguna forma hay que llamarlo sobre la antología de Desnoes. De veras que me ha causado una profunda impresión. Es, en cierto modo, lo que todos nosotros hemos estado ansiosos por decir durante tantos años, al punto de que no creo que le falte nada. Cosas como éstas me hacen sentirme vivo. Sólo te reprocho algunos excesos en los puntos 12 y 13, pero en fin de cuentas, tampoco se puede pedir objetividad y mesura en un campo semejante.

Aprovecho a la vez para enviarte dos poemas de un compatriota camagüeyano, David Lago, que llegó a España hace tres meses, para ver si pueden ser publicados en la revista de Padilla o en donde tú estimes conveniente. Él, como tantos otros, cumplió ya los treinta años de edad y jamás ha publicado un verso, a pesar de su indiscutible talento. Ocupate de eso, por favor.

Recibe un fuerte abrazo y mis sinceras felicitaciones.

Carlos

Como de costumbre, te pido que contestes al menos con una postal, para no perder el vínculo. (Ignora la sonoridad un tanto obscena de esta última palabra).

Miami, Agosto 15 de 1982

Mi querido Reinaldo,

Con extraordinaria satisfacción leí esta noche tu artículo (déjame decir como tú: de alguna forma hay que llamarlo) sobre la antología de Desnoes. De veras que me ha causado una profunda impresión. Es, en cierto modo, lo que todos nosotros hemos estado ansiosos por decir durante tantos años, al punto de que no creo que le falte nada. Cosas como éstas me hacen sentirme vivo. Sólo te reprocho algunos excesos en los puntos 12 y 13, pero en fin de cuentas, tampoco se puede pedir objetividad y mesura en un campo semejante.

Aprovecho a la vez para enviarte dos poemas de un compatriota camagüeyano, David Lago, que llegó a España hace tres meses, para ver si pueden ser publicados en la revista de Padilla o en donde tú estimes conveniente. Él, como tantos otros, cumplió ya los treinta años de edad y jamás ha publicado un verso, a pesar de su indiscutible talento. Ocupate de eso, por favor.

Recibe un fuerte abrazo y mis sinceras felicitaciones.

Carlos.

Como de costumbre, te pido que contestes al menos con una postal, para no perder el vínculo. (Ignora la sonoridad un tanto obscena de esta última palabra).

My dear Saudó:

First things first: lamento de veras que hayas estado por Miami y no hayamos podido vernos. Tu visita estaba anunciada para una fecha anterior, luego apareció otra fecha en que tampoco viniste. (de todo esto estaba al tanto por medio de Juan), y por último yo comencé a dudar de que realmente lo hicieras. Como sabes, trabajo de noche, y por el día desconecto el teléfono porque de lo contrario me es imposible descansar. Esto lo hago también los fines de semana, pues como ya estoy habituado a dormir de día, cuando no tengo que ir al trabajo me paso la noche leyendo o escribiendo, porque no hay manera de que pueda pegar los ojos antes de que amanezca. Es por esto que Juan, Marcia y Luis tienen el teléfono de mi trabajo, donde saben que siempre se pueden comunicar conmigo. De paso te lo envié: 685-5851 (305). Pero ya sé que viniste un viernes y te fuiste un domingo —al menos eso fue lo que me dijeron—, así que todo conspiró para que no pudieras localizarme.

Yo recibí una carta de R. García hace más de un mes, y espero que hayas leído mi respuesta, que de alguna manera también estaba dirigida a ti. En ella explicaba algo así:

ir de paseo a New York = Riesgo

quedarse en Miami = Abstinencia

Y por el momento me parece más razonable ajustarme a la segunda opción. Es posible que para el año que viene me sienta más cómodo conmigo mismo y con la realidad en general, cosa que me parece imprescindible para lanzarme a la aventura de conocer aquella Babilonia. Sé que este tipo de actitud resulta difícil de comprender y se presta a toda suerte de calificativos enojosos, pero a la vez se confía en la sensibilidad y en la tolerancia de los amigos cuando se trata de las debilidades y defectos de carácter de uno. Como me dijiste muy acertadamente, si todos fuéramos iguales, escribiríamos igual, y eso sería lamentable.

Leí con interés y sorpresa tu nota sobre mi cuento. Interés porque sabes lo mucho que valoro tu opinión, y sorpresa por el tono, que francamente me pareció agresivo. No es lo que me dices, sino cómo me lo dices.

Te confieso que con este cuento yo siempre tuve grandes reservas, al punto de que a pesar de haberlo escrito a principios del año pasado, nunca te lo leí en ninguna de tus visitas, ni tampoco se lo mostré a Reinaldo García. El cuento pretende ser la vida de un alcoholico (se supone que todos sus días son más o menos iguales), cosa que ya de por sí lo limita. Este era un tema que me consideraba obligado a explorar hasta sus últimas consecuencias (dentro del contexto del cuento) pues en definitiva es una parte importante bien desafortunada, por cierto de mi propia experiencia. Consideré que la mejor manera de hacerlo era utilizando esa forma plana, minuciosa y cargante que obviamente te molestó: Estoy de acuerdo contigo en algunos de tus juicios – en otros no, y en línea general me parece que el cuento no está a la altura de otros, aunque creo que logra plasmar esa realidad que yo quería transmitir. Coincidimos también en que no resulta adecuado para la revista. En cuanto al tono de tu nota, he decidido achacárselo a uno de esos momentos de mal humor que todos padecemos. Sé por Juan que has tenido problemas (accidente de Lázaro, familia, etc.) y esto es siempre determinante. Porque tienes que tener presente que aparte de toda la jodedera de la literatura y por encima de las discrepancias sobre forma, estilo, etc. (lógicas y naturales), soy tu amigo y te quiero, y eso me hace ser especialmente susceptible a la manera en que me puedas hacer cualquier crítica o señalamiento. Esto no quiere decir que andemos con hipocresías, paños tibios o mutuas alabanzas, ni tampoco que renunciemos a nuestros puntos de vista. En toda generación valiosa de artistas han existido contrastes, diferencias, polémicas y todo lo demás, y creo que eso le da un sabor especial al arte y de alguna manera enriquece la expresividad, pero no debemos descuidar la otra parte. Te pido perdón también por toda esta descarga, pero no creo que sea saludable que la deje guardada, eso crearía resentimiento y reservas que no me interesan.

Por problemas de espacio Juan me dijo que el cuento que recomendaste (“El baile de San Vito”), no podía salir en este número, por lo que me decidí por *Halloween*, que aparte de ser uno de los más breves es también uno de los que ya ustedes conocen.

Contesta aunque sea de forma breve.

Recibe un abrazo de tu siempre fiel (aunque todavía un poquitico "picado"),

F. Chopin

Saludos a los amigos. De Reinaldo García no he recibido respuesta. Hazme el favor de avisarme con un mínimo de anticipación cuando vayas a venir, para que no se repita lo ocurrido.

Miami, Julio 11 de 1983

My dear Sando:
First Things first: lamento de verdad que hayas estado por Miami y no hayamos podido vernos. Tu visita estaba anunciada para una fecha anterior, luego apareció otra fecha en que tampoco viniste. (De todo esto estaba de tanto por medio de Juan), y por último yo comencé a dudar de que realmente lo hicieras. Como sabes, trabajo de noche, y por el día desconviento el teléfono porque de lo contrario me es imposible descansar. Esto lo hago también los fines de semana, para como ya estoy habituado a dormir de día, cuando no tengo que ir al trabajo me paso la noche leyendo o escribiendo, porque no hay manera de que pueda pagar los ojos altos de que avanzo. Es por esto que Juan, Marcia y Luis tienen el teléfono de mi trabajo, donde saben que siempre se pueden comunicar conmigo. De paso te lo curo: 635-5351 (305). Pero ya se que viniste un viernes y te fuiste un domingo - al menos eso fue lo que me dijeron -, así que todo confiero para que no pudieras localizarme.

Yo recibí una carta de R. García hace uno de un mes, y espero que hayas leído mi respuesta, que de alguna manera también estaba dirigida a ti. En ella explicaba algo así:
... de paseo a New York - Riesgo
... quedarnos en Miami = Abstinencia
... y por el momento me parece más razonable ajustarme a la segunda opción. Es posible que para el año que viene yo me sienta más cómodo conmigo mismo y con la realidad en general, cosa que me parece imprescindible para lanzarme a la aventura de correr aquella Babilonia. Se que este tipo de actitud resulta difícil de comprender y se presta a toda sorta de colli-

cativos enojosos, pero a la vez se confía en la sensibilidad y en la tolerancia de los amigos cuando se trata de las debilidades y defectos de carácter de uno. Como me dijiste muy acertadamente, si todos fuéramos iguales, seríamos idénticos, y eso sería lamentable.

Fui con interés y sorpresa tu nota sobre mi cuento. Deseo porque sabes lo mucho que valore tu opinión, y sorpresa por el tono, que francamente me pareció agresivo. No es lo que me dices, sino como me lo dices.

Te confieso que con este cuento yo siempre tuve grandes reservas, al punto de que a pesar de haberlo escrito a principios del año pasado, nunca te lo he en ninguna de tus visitas. Ni tampoco se lo mostré a Reinaldo García. El cuento pretende ser sobre todo una crónica naturalista y exhaustiva de un día en la vida de un alcoholista (se supone que todos sus días son más o menos iguales), cosa que ya de por sí lo limita. Este era un tema que me consideraba obligado a explorar hasta sus últimas consecuencias (dentro del contexto del cuento) pues en definitiva es una parte importante - bien desafortunada, por cierto - de mi propia experiencia. Considero que la mejor manera de hacerlo era utilizando esa forma plana, sencilla y cargante que obviamente te molestó. Estoy de acuerdo contigo en algunos de tus juicios - en otros no -, y en línea general me parece que el cuento no está a la altura de otros, aunque creo que logra plasmar esa realidad que yo quería transmitir. Considero también en que no resulte adecuado para la revista. En cuanto al tono de tu nota, he decidido achacárselo a uno de esos momentos de mal humor que todos padecemos. Se por Juan que has tenido problemas (accidente de hogar, familia, etc.) y esto es siempre determinante. Porque luego que lees presente que aparte de toda la jodería de la literatura,

y por encima de las discrepancias sobre forma, estilo, etc. (lógico y natural), soy tu amigo y te quiero, y con eso has has ser especialmente susceptible a la manera en que me puedas hacer cualquier crítica o señalamiento. Esto no quiere decir que andemos con hipocresías, patos tibios o mutuas alabanzas, ni tampoco que renunciemos a nuestros puntos de vista. En toda generación valiosa de artistas han existido contrastes, discrepancias, polemicas y todo lo demás, y creo que eso le da un sabor especial al arte y de alguna manera enriquece la representatividad, pero no debemos descuidar la otra parte. Te pido perdón también por toda esta descarga, pero no creo que sea saludable que la deje guardada, es errata resentimiento y reservas que no me interesan.

Por problemas de espacio Juan me dijo que el cuento que recomendaste ("El baile de San Vito"), no podía salir en este número, por lo que me decidí por Ho Howell, que aparte de ser uno de los más breves es también uno de los que ya notados concuerdan.

Contesta aunque sea de forma breve.

Recibe un abrazo de tu siempre fiel (aunque todavía un poquitico "picado"),

F. Chopin

Saludos a los amigos. De Reinaldo García no he recibido respuesta. Hazme el favor de avisarme con un mínimo de anticipación cuando vayas a venir, para que no se repita lo ocurrido.

Miami, Septiembre 21 de 1986

Mi queridísimo Reinaldo Arenas:

Acabo de leer, casi de un tirón, tu *Necesidad de libertad*. Lo menos que puedo decirte es que está a la altura de tus novelas —y ya sabes lo mucho que admiro tus novelas.

Es más, yo te diría (quizás estoy bajo la influencia inmediata de la lectura) que éste es el más completo e intenso de tus libros. Yo conocía varios de los trabajos, pero el disfrutarlos en el contexto es una nueva experiencia.

Recuerdo que sentí algo parecido cuando leí por primera vez —creo que fue en el año 69— *La cantidad hechizada* (obra que de alguna forma prefiero a *Paradiso*). Recuerdo haberme dicho entonces: qué orgullo, que un cubano haya podido escribir algo como esto, qué riqueza de ideas, qué visión tan certera, qué manera de llegar a la médula de las cosas. Ahora tu libro me conmovió más, porque el que lo escribió no es sólo un autor cubano, sino también un amigo, alguien a quien quiero, con quien he compartido horas inolvidables, y que además ha sufrido experiencias muy similares a las mías.

Lo importante en estos momentos es que estos ensayos se traduzcan al inglés lo antes posible: es imprescindible que lleguen al público norteamericano. Aunque uno se va volviendo escéptico con el paso de los años (me refiero en este caso al efecto que pueden producir en la gente las ideas, las palabras), creo que éste es uno de los primeros libros —quizás el primero— que realmente esclarece la situación cubana, la actual y la de siempre, y a la vez nos esclarece a nosotros mismos, y te repito, es esencial que se divulgue en este país.

Recibe mi cariño y mi felicitación.

Te quiere siempre, tu

Carlos Victoria

Miami, Septiembre 21 de 1986

Mi queridísimo Reinaldo Arenas:

Acabo de leer, casi de un tirón, tu *Necesidad de libertad*. Lo menos que puedo decirte es que está a la altura de tus novelas —y ya sabes lo mucho que admiro tus novelas.

Es más, yo te diría (quizás estoy bajo la influencia inmediata de la lectura) que éste es el más completo e intenso de tus libros. Yo conocía varios de los trabajos, pero el ~~disfrutarlos~~ disfrutarlos en el contexto es una nueva experiencia.

Recuerdo que sentí algo parecido cuando leí por primera vez —creo que fue en el año 69— *La cantidad hechizada* (obra que de alguna forma prefiero a *Paradiso*). Recuerdo haberme dicho entonces: qué orgullo, que un cubano haya podido escribir algo como esto, qué riqueza de ideas, qué visión tan certera, qué manera de llegar a la médula de las cosas. Ahora tu libro me conmovió más, porque el que lo escribió no es sólo un autor cubano, sino también un amigo, alguien a quien quiero, con quien he compartido

horas inolvidables, y que además ha sufrido experiencias muy similares a las mías.

Lo importante en estos momentos es que estos ensayos se traduzcan al inglés lo antes posible: es imprescindible que lleguen al público norteamericano. Aunque uno se va volviendo escéptico con el paso de los años (me refiero en este caso al efecto que pueden producir en la gente las ideas, las palabras), creo que éste es uno de los primeros libros —quizás el primero— que realmente esclarece la situación cubana, la actual y la de siempre, y a la vez nos esclarece a nosotros mismos, y te repito, es esencial que se divulgue en este país.

Recibe mi cariño y mi felicitación.

Te quiere siempre, tu

Carlos Victoria